



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 7 Número 1 (Junio 2019)

Ana Sáenz Bermell
"La última samurái"

Para citar el artículo

Sáenz Bermell, Ana. "La última samurái" *JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research* 7.1 (2019)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

La última samurái

«El shogun ha huido, dejando Edo en manos del ejército imperial. La mayoría de los clanes se han rendido. Aizu seguirá luchando hasta que muera el último hombre».

Takeko dejó la carta sobre la mesa, abrió con cuidado la puerta corredera y abandonó la sala de recepción de invitados.

—¿A dónde vas? Se te va a enfriar el té.

No le respondió nada a su prometido, probablemente ni siquiera lo oyó. Entró al dormitorio, se desató el obi y dejó caer al suelo su kimono de seda, decorado con un intrincado diseño de camelias y bayas de nanten, sin siquiera dignarse a doblarlo. Abrió el cajón inferior de la cómoda y sacó un basto kimono de crepé azul que solía usar para los entrenamientos. Tras asegurarlo con un simple obi de algodón blanco cogió con ambas manos la espada corta de su padre, que durante años había guardado polvo, envainada y en un soporte sobre la cómoda. Le recorrió un escalofrío. No la había tocado desde que la adoptó su maestro, desde que padre murió.

Al igual que a todas las esposas e hijas de samurais, la habían entrenado en el uso de la naginata y en artes marciales para defender sus hogares y a sus familias en el caso de que los hombres estuvieran ausentes. Al contrario que la mayoría de las esposas e hijas de

samurais, sobresalía en el arte de la guerra por encima incluso de sus compañeros varones, ganándose la admiración de unos y el rencor de otros.

Gracias a que su maestro, consciente de su gran talento, la había adoptado tras la muerte de su padre biológico, había podido dedicarse en cuerpo y alma a entrenar y, tras pocos años, a ser ella misma maestra de una nueva generación de jóvenes hijos de samurais. Desgraciadamente, esa vida idílica pronto iba a cambiar, ya que su maestro le había pedido que se casara con su sobrino Chō y había tenido que aceptar, incapaz de encontrar una razón por la que rechazar el compromiso sin dañar el honor de tío y sobrino.

Si hubiese querido un marido, Chō habría sido perfecto. Se conocían de hacía muchos años y durante sus peleas de entrenamiento y largos debates sobre poesía y filosofía siempre la había tratado como una igual. Lo apreciaba y respetaba, pero él deseaba sentar cabeza y formar una familia. Por su parte, el único amor de Takeko era la guerra, y su único hogar el campo de batalla. La carta que le habían enviado de su Aizu natal no era más que la ansiada excusa para poner en marcha un plan con el que llevaba fantaseando meses, desde que empezaron a llegar las primeras noticias sobre el golpe de estado del emperador.

Se dirigió de nuevo a la sala de recepción mientras metía la espada de su padre en el obi para mantenerla sujeta. El maestro tenía la carta entre las manos, la debían haber leído tanto él como su prometido. Mejor, así tendría que dar menos explicaciones.

—No puedes hacernos esto. Hace tiempo que dejaste de ser de los Nakano. Formas parte de la familia Akaoka y nos debes tu lealtad. Tu propio padre lo quiso así.

—Escucha lo que dice el maestro, Takeko. No puedes abandonarnos, ahora tu obligación es prepararte para nuestra boda y mantenerte sana para tener hijos fuertes.

—Mi gente está en peligro de vida o muerte ¿y quieres que piense en bodas?

Pidió papel, tinta y un pincel a la criada, se arrodilló ante la mesa baja y escribió su despedida. «Renuncio a mi posición dentro de la familia Akaoka, a mi condición de hija de Daisuke Akaoka y de prometida de Chō Akaoka para regresar con la sangre de mi sangre. Firmado: Takeko Nakano».

Todavía de rodillas le hizo una profunda reverencia a su maestro, hasta que su frente casi tocó el suelo.

—Muchas gracias por haber cuidado de mí todos estos años. Gracias por criarme como un padre, enseñarme el arte de la espada y de la pluma y convertirme en maestra del dojo. Gracias y adiós —Se giró hacia su prometido—. Gracias por haber sido mi compañero de juegos, de entrenamiento, de debate, y por enseñarme tantas otras cosas. Gracias... Y adiós.

Siguieron rogándole que se quedara mientras se ponía sus sandalias setta, su amplio sombrero de paja y se preparaba un bento para el camino, pero no intentaron detenerla. La conocían bastante bien para saber que Takeko era una fuerza de la naturaleza, el que intentara enfrentarse a ella saldría mal parado.

Junto a la salida principal de la casa guardaba su naginata, su arma predilecta. La larga asta, de cinco shaku de largo, estaba hecha de madera de roble pulida y cubierta de laca negra, sin ningún tipo de grabado o decoración. La hoja, curva y con una longitud de dos shaku, estaba finamente forjada. A contraluz se podían distinguir los miles de pliegues del

acero que la convertían en el arma perfecta, capaz de segar vidas como si de paja de arroz se tratara. Takeko y su naginata eran majestuosas, letales y no tenían compasión con los cobardes.

Tras varios días de viaje a pie, durante los cuales ningún salteador de caminos fue lo bastante imprudente como para intentar atacarla, llegó al puente Yanagi, la entrada a Aizu. Se veían soldados por todas partes, y hasta las mujeres y los niños estaban inmersos en una actividad frenética, construyendo barricadas y asistiendo a sus defensores en todo lo que podían. El olor a guerra le henchía los pulmones a Takeko. Se le aceleró el pulso, y no pudo evitar que una breve sonrisa asomara por la comisura de sus labios. Al ir a cruzar el puente dos soldados le cortaron el paso con sus lanzas yari.

—¡Alto! ¿Quién eres y a qué has venido?

—Soy Takeko Nakano, hija del difunto Heinai Nakano, antiguo general del clan Aizu. Vengo a defender el honor de mi familia y de mi clan.

Levantó ligeramente el gorro de paja, descubriendo su dulce rostro. Los soldados se quedaron desconcertados durante un momento, hasta que uno de ellos levantó la lanza.

—Déjala pasar, es solo una mujer. Tú, igual no lo sabes, pero ahora mismo la honorable Teruhime se está refugiando en nuestro castillo y defenderla a ella es nuestra prioridad absoluta. Si quieres ayudar deja tu naginata y tu espada en casa y ve al campamento. El capitán Tanaka te dará algo que hacer.

Tras una leve reverencia cruzó el puente y se dirigió a la casa de sus padres. Habían pasado muchos años, pero aún se sabía el camino de memoria.

La recibió un silencio sepulcral. La casa estaba a oscuras, el brasero apagado. Mal augurio. Se quitó el sombrero y recorrió la casa habitación por habitación, con la naginata en posición de batalla. Frente al jardín de rocas encontró a su madre, arrodillada sobre una pequeña alfombra cuadrada, con una espada corta ante ella, y a su espalda a Yūko, la hermana pequeña de Takeko, sosteniendo la katana de su padre con manos temblorosas. Junto a ellas, una docena de mujeres del clan intentaban mantener la compostura.

—¡Madre! ¡No!

Takeko dejó la la naginata en el suelo. Yūko, aliviada, soltó la katana, y su madre se levantó para abrazarla una última vez.

—Lo siento, pero esta es la mejor opción. Debes haber oído los rumores sobre el ejército imperial. Matan a todos los hombres que se enfrentan a ellos y venden a sus mujeres a los gaijin a cambio de armas que disparan fuego. No permitiremos que nos cojan con vida. No permitiré que toquen a Yūko. Me quedaba la tranquilidad de saber que al menos tú estarías a salvo —Le brillaban los ojos, pero no permitió que se derramara ninguna lágrima—. ¿Por qué has venido?

—Madre, disculpa mi falta de respeto, pero no creo que esta sea la mejor opción.

Los ojos de todas las mujeres allí reunidas se clavaron en ella.

—Podemos morir en silencio y ser olvidadas, o podemos luchar con honor. El shogun ha entregado Edo, pero no tiene por qué ser el fin. La honorable Teruhime está ahora mismo en nuestro castillo, y de ella depende el futuro del shogunato. De una mujer. Y nos pertenece a

nosotras, mujeres, la misión de defenderla. Nos enfrentaremos al ejército imperial y los expulsaremos de Aizu... O moriremos en el intento.

Perfil de la autora

Ana Sáenz Bermell es una traductora de inglés y japonés especializada en cómics y audiovisual. Además, actualmente está terminando un máster en Traducción Literaria en la Universidad Complutense de Madrid. Sus géneros literarios favoritos son el realismo mágico y la ciencia ficción dura.

Contacto: <ansaenz@ucm.es>